

CLÁSICOS
A MEDIDA

Las aventuras de Tom Sawyer

Mark Twain

Adaptación de Lourdes Íñiguez Barrena
Ilustraciones de Carles Arbat

ANAYA

Introducción	5
Prefacio	13
I. Tom juega, se pelea y se esconde	15
II. El ingenioso encalador	19
III. Ocupado en la guerra y el amor	23
IV. Presumiendo en la escuela dominical	27
V. El escarabajo y su presa	31
VI. Tom se encuentra con Huck y con Becky	35
VII. Un sufrimiento	41
VIII. ¡Quién fuera un valiente pirata!	45
IX. Tragedia en el cementerio	49
X. La funesta profecía del perro aullador	55
XI. A Tom le remuerde la conciencia	59
XII. El gato y el jarabe contra el dolor	63
XIII. La tripulación pirata se hace a la vela	67
XIV. El campamento de los piratas	73
XV. La furtiva visita de Tom a casa	75
XVI. La tormenta	77
XVII. Piratas en su propio funeral	81
XVIII. Tom revela su viaje secreto	85
XIX. Tom se carga el castigo de Becky	87
XX. La salvación de Muff Potter	91

XXI. Espléndidos días y espantosas noches	95
XXII. Buscando el tesoro escondido	97
XXIII. Ladrones de verdad roban la caja del oro	101
XXIV. Tras el rastro del indio Joe	107
XXV. Huck salva a la viuda	111
XXVI. Tom y Becky en la cueva	115
XXVII. Perdidos y hallados. ¡La pesadilla terminó!	119
XXVIII. El destino del indio Joe	125
XXIX. Lluvia de oro	131
XXX. El respetable Huck se une a la banda	135
Conclusión	141
Apéndice	143



Introducción

Un héroe juvenil

Desde que en 1876 Mark Twain publicó *Las aventuras de Tom Sawyer*, esta obra ha sido una de las lecturas favoritas de los niños y adolescentes, que se identifican de inmediato con el personaje y lo convierten en su héroe. En ella se nos cuentan las andanzas de Tom, un chico noble, pero muy travieso, que hace novillos en la escuela, se escapa de su casa, juega a bandidos y piratas, y también se enamora. Al principio, quiere ser un rebelde, como es su amigo Huck Finn, a quien envidia por llevar una vida en completa libertad, al margen de la gente que lo rodea; pero a lo largo de la obra, Tom va madurando, debido no a que crezca en edad —en la novela apenas pasa un verano— sino en responsabilidad, pues se verá obligado a tomar importantes decisiones. Estas le irán colocando en el mundo de los adultos, a cuyas reglas se enfrenta al principio, pero al final comprende que serán las que le permitirán encontrar su puesto,

y hasta triunfar, en la sociedad, así como ser aceptado por todos los individuos que se integran en ella.

Y frente a Tom, pero no opuesto a él, nos encontramos, en efecto, al otro gran personaje de la obra, Huckleberry Finn, que se resiste a abandonar la infancia y parece no querer crecer, porque hacerlo comporta unos compromisos y unas obligaciones que no quiere aceptar. Pero como la sociedad rechaza a los desposeídos, Tom se las ingeniará para que Huck salga del mundo de fantasía propio de la infancia. Sin embargo, Huck no tiene la madurez de Tom y la decisión final que toma no supone un paso hacia la edad adulta, por lo que es provisional. El autor se reserva la conclusión de su vida para un siguiente libro, *Las aventuras de Huckleberry Finn* (1884), considerado no solo como el mejor de los suyos, sino como una de las mejores obras de la literatura estadounidense.

Más que aventuras

Las aventuras de Tom Sawyer es un magnífico estudio social como corresponde al Realismo, movimiento literario en el que se incluye. Mark Twain transforma el pueblecito de Saint Petersburg, en el estado de Missouri, donde la obra se desarrolla, en el símbolo de su nación, Estados Unidos, y pasa revista a la clase media a la que él pertenece, con sus virtudes y sus defectos, así como a sus instituciones básicas, con sus aciertos y sus fallos: la familia, la escuela, la iglesia, la justicia, la comunidad...

Twain pone en un plato de la balanza los beneficios y los costes de vivir en la sociedad y en el otro, la libertad y la independencia del individuo que rechaza sus normas y se margina.

El hombre es un ser sociable —viene a decirnos— y no puede vivir aislado, así que, aunque pueda parecer que en la soledad ha encontrado su paraíso, acaba echando de menos a sus semejantes. En este sentido, los episodios de la isla de Jackson y de la cueva son muy significativos y adquieren valor de verdaderos símbolos. Y toda esta reflexión sobre las edades del ser humano y el funcionamiento de la sociedad, Mark Twain la hace de una forma muy sutil, envolviéndola en un marco aparentemente intrascendente como es el de la amistad infantil con sus juegos y aventuras, con lo que al ir saltando de un plano a otro, se mezclan y complementan los contrarios: adolescencia, madurez; diversión, responsabilidad; juegos, obligaciones; aislamiento, sociedad; mundo imaginario o literario, vida real.

En lo que se refiere al género literario de la obra, estamos ante una novela realista, esto es, que pretende reflejar la sociedad en la que el autor vive de la forma más objetiva y fiel posible. El escritor se convierte en un observador y recoge en su obra lo que ve y oye; pero no se conforma con esto, sino que adoptando el punto de vista de un dios, conoce a los seres que él ha inventado perfectamente: lo que sienten, lo que piensan, lo que desean, lo que sueñan; es decir, su presente, su pasado y, a veces, adelanta hasta su futuro, con lo cual el mundo que crea nos llega a dar la sensación de que realmente existe y nosotros formamos parte de él. Esto es lo que se llama en literatura «verosimilitud», es decir, que si la historia que cuenta no es verdadera, podría serlo. Bien es verdad que Mark Twain incluye en su novela muchas experiencias personales y muchos recuerdos de su infancia; de hecho, dice en su prólogo que los dos personajes principales —Tom y Huck— fueron sacados de la realidad; así como es real el entorno geográfico del gran río Mississippi, donde él verdaderamente vivió.

Como toda novela, incluye todos los tipos de composición que le son propios: la narración en tercera persona y en pasado, la descripción de personas, lugares y objetos; y el diálogo directo de sus personajes, a los que nos acercamos como si fueran personas de carne y hueso, y como tales personas reales se expresan, haciendo que el lenguaje se adecúe a la condición social de cada personaje. Este es otro rasgo esencial de la novela realista.

Por último, en cuanto a la intención con la que el autor escribió el libro, él mismo nos lo dice en su Prefacio: entretener a los niños y a los mayores, haciéndoles recordar su infancia a estos últimos. Ahora bien, es innegable que, junto a este objetivo, la buena literatura de todos los tiempos pretende enseñar o educar, o sea, mandar un mensaje al lector. Y ya lo hemos dicho: envuelto en el ropaje aparentemente divertido de los juegos de los niños, el autor nos retrata la seria realidad de la época y nos lleva a meditar sobre los mecanismos que hacen funcionar la sociedad, con la idea de que nos planteemos si estos son válidos o deben ser modificados, para conseguir una mayor felicidad del individuo que en ella vive.

Esta edición

La obra que aquí presentamos es una traducción y adaptación del texto original. No es, por tanto, una versión íntegra; pero sí podemos decir que en ella se recogen los episodios esenciales, así como el significado e intención con los que el autor la escribió.

Las aventuras de Tom Sawyer





Prefacio

A mi esposa

La mayoría de las aventuras recogidas en este libro ocurrieron realmente; una o dos fueron experiencias personales; el resto, de compañeros míos de escuela. Huck Finn está tomado de la realidad; Tom Sawyer también, pero no de un solo individuo, sino de la combinación de los rasgos de tres chicos a los que conocí y de los cuales he formado el personaje.

Las viejas supersticiones aquí referidas pervivían todas ellas entre los niños y los esclavos durante la época de esta historia, es decir, hace treinta o cuarenta años.

Aunque mi libro pretende principalmente entretener a los niños y niñas, espero que no será rechazado por las personas mayores, pues una de mis intenciones ha sido que los adultos recuerden con gusto que una vez ellos también fueron niños y cómo sentían, pensaban y hablaban, y en qué curiosas peripecias se vieron envueltos.

EL AUTOR
Hartford, 1876

Tom juega, se pelea y se esconde



—¡T om!
Nadie contesta.
—¡Tom!
No hay respuesta.

—Me pregunto qué estará haciendo. ¡Eh, Tom! —Silencio.
La anciana se bajó las gafas y miró por encima de ellas por el cuarto. Después, levantó la voz y dijo:

—Bueno, pues te aseguro que como te coja, te...

Y antes de terminar la frase, ya se había agachado y daba escobazos debajo de la cama, resoplando al respirar. Al único que encontró allí fue al gato.

—¡Con este chico nunca he visto cosa igual!

Fue hacia la puerta y miró entre las tomateras y las plantas del jardín. Ni rastro de Tom. Así que volvió a gritar:

—¡To - o - o - o - m!

Al instante, sintió un ligero ruido detrás de sí y se volvió justo a tiempo para atrapar al niño que pasaba volando.

—¡Conque ahí, eh! ¡Cómo no se me ocurrió mirar en el armario! ¿Qué estabas haciendo ahí? Mírate las manos y la boca. ¿Qué tienes en ella?

—No sé, tía.

—¡Ah! Es mermelada. Te he dicho cuarenta veces que como no dejes la mermelada te voy a despellejar. Dame la vara.

Y en el momento en que la levantaba en el aire, Tom se escabulló. Saltó la valla y desapareció. Tía Polly se quedó boquiabierta, primero sorprendida y después se echó a reír. «¡Que lo cuelguen! —pensó—. Nunca aprenderé con este muchacho; con la de trastadas que me ha hecho, debería haber estado más atenta. Pero él sabe con sus tretas cómo hacerme enfadar y luego cómo hacerme reír. Otra vez me la ha jugado. Y yo no soy capaz de pegarle. Dios sabe que no lo estoy haciendo bien con él y me remuerde la conciencia, pero es el hijo de mi hermana y



ella está muerta. ¡Qué puedo hacer! Ahora, esta vez sí, porque esta tarde hará novillos y lo tendré que castigar mañana haciéndole trabajar en sábado, cuando todos los niños descansan. ¡Bah! Debo hacerlo, es mi deber porque si no, en vez de educarlo, voy a causar su ruina».

Tom hizo novillos y se divirtió mucho. Volvió a casa con el tiempo justo para ayudar a Jim, el niño de color, a cortar la leña. Sid, el hermanastro de Tom, era un chico tranquilo, no revoltoso como él, y ya había hecho su tarea: recoger las astillas para el fuego. Mientras cenaban, tía Polly, que se creía con un talento especial para la diplomacia, inició el interrogatorio:

—Tom, esta tarde hacía mucho calor, ¿verdad?

—Sí, tía.

—Sí; tremendo. ¿No te habría gustado ir a nadar?

Tom sospechó lo que su tía pretendía y sintió un poco de miedo; pero, mirándola a la cara, dijo:

—No; bueno, no mucho —y puso tanta tranquilidad en su respuesta que tía Polly no vio nada que la pudiera convencer de lo contrario. Así que tuvo que dejarlo.

—¡Caray! Pues habría jurado que te habías ido a nadar y habías hecho novillos. Perdóname, Tom.

Sid se sentía fastidiado al ver cómo Tom se había salido con la suya. No se resistía a no hablar, pero Tom, antes de salir, le advirtió:

—Siddy, como se te ocurra... te doy una paliza.

A los dos minutos, ya se había olvidado del asunto e iba calle abajo ensayando una nueva forma de silbar que le había enseñado un negro. Las tardes del verano eran largas, todavía no había oscurecido. De pronto, Tom vio venir a un forastero, un muchacho poco más alto que él. Un recién llegado, de cualquier edad o sexo, era una novedad en aquel pueblucho de

Saint Petersburg. El chico iba muy bien vestido: sombrero, chaqueta, pantalones..., incluso llevaba zapatos y eso que solo era viernes, no domingo. Tenía un aire de ciudad que molestaba a Tom; se pararon frente a frente, sin hablar, pero mirándose fijamente. Tom dijo:

—¿Cómo te llamas?

—Como a ti no te importa.

—¡Vaya sombrero que llevas!

—Atrévete a quitármelo.

Una pausa y se acercaron el uno al otro, hombro con hombro. Tom continuó:

—¡Vete de aquí!

—Vete tú.

—Pues de aquí no pasas—. Y Tom trazó con el pie una raya en el suelo.

—Sí que paso.

—Yo puedo darte una paliza.

—¡Me gustaría ver cómo lo intentas!

—Cuando quiera puedo hacerlo.

—No puedes.

—Sí, sí que puedo.

En un instante los dos chicos rodaron por el suelo, agarrados como dos gatos y revolcándose por la tierra, tirándose de los pelos y destrozándose la ropa. Se cubrieron de polvo y de gloria. Al final, el forastero salió vencido y lloroso; Tom lo molió a puñetazos. Cuando llegó a casa era muy tarde; pensó que tía Polly no lo oiría si entraba por la ventana, pero no fue así y cuando ella lo vio en el estado en que venía, tomó la resolución de castigarlo mandándolo trabajar al día siguiente.